

**POLÍTICA, POCA, PERO BUENA.**

CINCO NÚMEROS CADA MES.

RECREO, MORALIDAD, INSTRUCCION.

Cuadros de costumbres, artículos humorísticos, cuentos, epigramas, oportunidades, semblanzas, charadas, logogrifos, noticias útiles, noticias cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

ADMINISTRACION.—Calle de los Caños, 4, bajo.

DIRECCION.—Calle de los Caños, 4, pral.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instrucción pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

6 rs. por tres meses en toda España.

Extranj.—6 meses, 20 rs.—América, 40.

# EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE FUERE SEÑORÁ.

**ADVERTENCIA.**

En la semana próxima repartiremos en Madrid y empezaremos a remitir a provincias el libro de CUENTOS que regalamos en este trimestre a nuestros suscritores, y cuya impresion está terminándose.

**REVISTA SEMANAL.**

No hemos conocido jamás conciencia más elástica que la de los diputados.

Ya sabrán VV. que han votado la ley electoral muchos de los que al ministerio anterior y a la influencia in-moral deben haberse ufano con el pomposo título de representantes del país.

Es decir, que caído aquel Gobierno y levantado otro sobre aquel, se acabaron las amistades con el protector que ya no puede proteger, y se hacen méritos para merecer la benevolencia del nuevo poder.

Esta es política, política pura; pero si nosotros hubiéramos de ser políticos y diputados así, por Dios que no seamos nunca ni lo uno ni lo otro.

Verdad es que la política excluye completamente la conciencia, como que esta es un estorbo para ser político, es decir, para medrar, que es para lo que son políticos los que lo son.

Búsqenme VV. un político que sepa lo que es gratitud.

Encumbre V., compadre don Ramon, á cualquier caballero particular, y verá V. cómo le vuelve la espalda en cuanto tenga ocasion. Y lo propio le sucederá á don Leopoldo, y lo mismo le ha sucedido á don Baldomero, y lo mismo le sucederá al jefe de la democracia, si esta llegase á vencer.

Por eso no queremos ser políticos, porque no queremos perder la conciencia, único refugio de los hombres honrados en estos famosísimos tiempos que alcanzamos.

Los hombres políticos de hoy se parecen mucho á los niños; reniegan hoy de lo que ayer anhelaron, juegan con las cosas de más valer, son voluntariosos y antojadizos, y cuanto más se les concede más piden, por supuesto para su provecho personal, que este provecho personal es para ellos el del país.

«El país soy yo,» esta es la gran máxima política de la época.

La Union liberal se ha enriquecido mucho en afiliados, y sobre todo en resellados.

Los unionistas que lo son desde el advenimiento á la vida política de la Union liberal, tienen ahora que dividir el provecho con los rene-

gados de otras banderías, si es que no les tienen que ceder la mejor parte.

Esto sería muy bueno,—porque á nosotros nos gusta que coma todo el mundo, y que todo el mundo, ménos nosotros, por supuesto, se luzca tocando algun instrumento en el des-concierto de la cosa pública;—pero como no hay para todos, como el país no puede pagar más de lo que paga, resultará que pronto empezarán las rencillas, y los celos, y el murmurar, y el gruñir, y el dividirse y subdividirse, acabando por irse cada cual á su lado.

Esto es lo que estamos haciendo aquí siempre; cada uno se va por su lado, y todos nos reunimos luego en un mismo sitio, ansiosos de coger el mango de una sarten, que debiera tener tantos mangos como pretendientes para que á cada cual le tocara siquiera uno.

Los mismos que en la otra época de la Union liberal hablaron pestes de los que se resellaron, se resellan ahora, por lo cual creemos que es ocasion de añadir un nuevo refran, este:—«Nadie puede decir que no se resellará.»

Si cuando los primeros resellamientos hubiesen callado, nadie extrañaría que ahora hicieran lo que tienen por conveniente; pero hablar y escribir mucho censurando á los que hicieron lo mismo que ellos vienen á hacer despues, parécenos cosa singular por demás.

Así, pues, lectores nuestros, convénzanse VV. de que la política es un lío muy grande y una comedia muy pesada, y cúdense poco ó nada de ella. Los Gobiernos prometen mucho al principio; luego cumplen lo que pueden ó lo que quieren, dan de comer á sus amigos y encomiadores, trastornan todas las oficinas, juegan con los empleados, trayéndolos de una parte á otra, hablan mucho allá en las Cortes diciendo siempre cosas muy bonitas, y el contribuyente paga lo mismo ó más, y la instrucción del pueblo está siempre descuidada, y los párrocos de los pueblos cobran tarde y mal, y los maestros de escuela se comen los codos, y el país está en constante sobresalto, á merced de sus salvadores, que así cuidan de salvarle como nosotros de ir á coger ranas.

Aquí no hay más que esperar lo que venga, y venga lo que viniere, que será un palo ó cosa parecida.

Y hablando de otra cosa, ¿se divierten VV. mucho? ¿Qué les ha parecido á VV. Julieta y Romeo en los Campos Elíseos?...

A nosotros nos gusta más Julieta que Romeo, pero los dos son dos buenos chicos, dignos de mejor suerte.

¿Y qué me dicen VV. de Mr. Pietrópolis, el nuevo gimnasta del circo del Príncipe Alfonso?...

Es un gimnasta como todos, un político de primera fuerza.

Y los periódicos ¿qué dicen? Los Tiempos dice que está dado á los demo-

nios, como que no mandan los suyos, no sus demonios, sino sus hombres.

La Patria alaba al Gobierno; ha tomado el papel ministerial que dejó Los Tiempos, y este periódico canta ahora por el tono de oposicion con que nos entretuvo aquel otro.

El Contemporáneo, tambor mayor de la oposicion cuando mandó la otra vez la Union liberal, forma ahora en la banda de tambores que sigue al nuevo Gobierno.

El Eco del País está empeñado en que cumple con su título, y no hay para qué despojarle de esta ilusion.

La Democracia sigue en su tarea de probarnos que dos y tres son cuatro. Agradecida como estará al Gobierno, hace como que dispara á este, pero pone un poco más alta la puntería.

La Esperanza, El Pensamiento y La Regeneracion han echado mano de toda la metralla, y tiran al buen tun tun, sin importarles un pito á quién dan.

A La Correspondencia y á Las Noticias les parece, al parecer, tan bueno este Gobierno como el anterior y como el que venga despues.

La España no sale de su paso.

El Espíritu Público está bastante decaído. La Iberia, tan valiente como siempre, esperando la ocasion, y La Soberania Nacional con una intencion y un olfato que no hay más que ver.

Lean VV. un dia siquiera todos estos periódicos y los que no citamos, y ya tienen VV. jaqueca para dias.

Por supuesto que VV., como todos los que no somos amigos de jaleos, estarán deseando que pase el verano, para no oír todos los dias que va á haber una muy gorda, que nos vamos á matar como chinches,—aunque creo que las chinches no se matan unas á otras,—y que ya no hay más remedio que un trueno estrepitoso. En cuanto pasan los calores, la gente se queda más tranquila, y ¡qué demonio! no ha de salir uno por esas calles á pegar y recibir tiros cuando el frio nos deja helada la punta de las narices. En verano es otra cosa, no se lleva capa, se puede manejar bien el arma fatal, la sangre está hirviendo, se siente uno capaz de comerse á don Ramon crudo, y no hay miedo de coger una pulmonía al revolver de una esquina.

Así, pues, lo que conviene es que pase pronto el verano y que llegue el invierno, y lo dejemos todo para el verano que viene.

El verano anterior tambien se decia que se preparaba la gorda, y la gorda no salió.

¿Para qué? La gorda la tenemos encima ya; la gorda, la descomunal, es la desmoralizacion social y política en que estamos envueltos hace mucho tiempo.

## ¡LO SUPERFLUO!

Casi estoy por decir que he consignado la palabra gráfica del siglo. ¿Qué no es *superfluo* ya?

¿Puede haber algo que lo sea tanto como un artículo de periódico?

Nace para evocar una sonrisa de desden y muere. ¿Qué deja?

Preguntalle á un filósofo moderno, á una joven casquivana, á un viejo experto y reflexivo, que ellos os dirán:

—¡Nada!

Y sin embargo, la pluma que traza estas líneas va guiada por una mano que siente, mano que es intérprete de un corazón que late, de una inteligencia que vacila, de un alma que alienta; corazón, inteligencia y alma que se agitan dentro de un vaso de carne y que forman parte de la existencia universal.

Pero esto ¿qué importa?... El dolor es *superfluo* para el que no lo siente, y las reflexiones en siglo tan materialista como el nuestro son *superfluas* también.

Por eso tal vez hoy se considera como *superfluo* lo que ayer se juzgaba *necesario*.

Decidme si no dónde está la fé, ese móvil ingénito y divino que en tiempos *ménos felices* coronó en América á Colón, á Isabel la Católica en España, á los caballeros de la Santa Cruzada ante el sepulcro de Jerusalén.... ¡Ah! no, no está aquí. La fé, escudo de los genios, gloria de los mártires, aliento de las almas, orgullo de los justos, égida de la humanidad, duerme en el fondo de las *nuevas conciencias* como un crimen.

La civilización la ha arrancado de su base; pero al llevarse la fé de nuestros mayores, la fé de las creencias, la fé de otra vida más dulce que la vida, nos deja los gérmenes de una fé más culta, más regeneradora, más moderna, más acomodativa y variada.

La fé de los excépticos.

La fé de los hipócritas.

La fé de los ateos.

La fé de los maldicientes.

Y la fé....

Pero ¡qué diablo! perder una donde hay tantas, casi es nada.

Ya es *superfluo* ir á la iglesia; orar de noche; leer la Biblia sin comentarla. Es *necesario* despreciarlo todo, dudar de todo, variarlo todo, todo, hasta las leyes de Dios.

Miento: allí hay un templo; multitud de *feles* penetran en sus naves, y dos, tres, cincuenta carruajes se detienen ante él. ¿Ante él? ¡no, no es posible que este sea el asilo de la religión! Aunque esas campanas me lo indiquen, aunque me lo indiquen ese crucifijo y esas puertas, no lo puedo creer! Son las dos de la tarde, y la gente que por aquí discurre, más parece venir de *broma* que á una misa. Todos se miran, se sonríen, se saludan, y todos hablan, rien, lucen, pasan, critican y murmuran.

Aquí no hay semblantes tristes, ni ojos contritos, ni trajes haraposos. Todo es lujo, elegancia, fastuosidad y cortesía.

Todo es indigno de la fé.

Y lo que yo no conceptuaba como templo, lo es, y las gentes á quienes conceptuaba *irreligiosas*, no lo son.... ¿Qué hace, sin embargo, aquel joven con la mirada fija en un ángulo del templo? Allí no está la misa.

¿Qué hace aquella linda muchacha arreglándose el traje en vez de admirar al sacerdote? Halagar su vanidad.

¿Qué hace aquel hipócrita dándose golpes de pecho con la misma mano que ayer golpeaba á su esposa? Bien lo sé.

Cree comprar por este medio la opinion que le condena.

¡No es poco!

¡La fé, la virtud, el recogimiento y la modestia son *superfluidades* para el mundo! En cambio el amor, el amor material, que ofrece goces pasajeros, la vanidad, emblema de la moda, y la hipocresía, escudo de los miserables, han llegado á ser *necesidades*, pero *necesidades permanentes*.... ¡Salgamos de aquí!...

Estamos en paseo, donde tenemos lo *superfluo* erigido en *necesidad*.

De otro modo las elegantes que concurren á este paseo tan risueño, tan bello y tan nombrado, pareceríanme un ejército de cadáveres caminando en coche para llegar más pronto á su término fatal.

Esos aligeros corceles, esos encajes delicados, esos deslumbradores atavíos sostienen ante las córtés extranjeras la preponderancia y la grandeza de nuestra nación. Aquí no habrá *genios*, pero hay lujo; no habrá artistas, pero hay caballos; no hay guerreros, pero hay gasas; y en un país en que la conciencia va como de viaje y el arte y la abnegación se ocultan, claro es que el lujo, los caballos y las gasas son una *necesidad*.

Lo demás es lo *superfluo*.

Y si *superfluo* es para el mundo todo aquello que puede producir lágrimas, amor, resignación y sacrificio, palpable es que nada se considera tanto como la caridad, la verdad, la amistad, la gloria, el horror, la sencillez, la religión, la constancia y el talento.

Por eso la sociedad de hoy, sociedad esencialmente mercantil y positivista, que reduce á números las esperanzas y á metálico los más íntimos afectos, cree necesario hacer de todo un objeto de lucro ó de provecho.

Antes la caridad era una virtud cuya recompensa estaba en practicarla.

¡Ay, con raras excepciones, la caridad es *superflua* por la idea, *necesaria* por el que dirán de los demás.

Ayer la verdad era la manifestación de las conciencias y la garantía de las naciones.

Hoy es *necesario* variar los hechos, comentarlos, adulterarlos, infringirlos, porque la verdad amarga, y la mentira hace reír si es inocente, hiere si es monstruosa, pero siempre halaga al que la escucha, por más que mate al que la motiva.

Ayer la amistad era el afecto consagrado por el desinterés y la simpatía.

Hoy, amistad es la relación mútua en que se hallan dos ó mas seres para hacer *algún negocio*. (Con raras excepciones.)

Ayer la gloria estribaba en sobreponerse al vulgo por medio de obras admirables ó en sobrevivir moralmente á los demás.

Hoy la gloria no estriba en sobrevivir, sino en vivir sobre el presupuesto y sobre todo cuanto en el mundo nos rodea.

Ayer el honor era tan *necesario* al alma como el alma al cuerpo.

Hoy el honor es *superfluo* si hay *dinero*, porque habiendo dinero es innecesaria la conciencia.

Ayer la constancia política, la constancia religiosa, la constancia social era el más preclaro hecho de nuestro carácter.

Pero esto producía guerras, luchas, dolores, horrendos martirios; y en el siglo del vapor y la electricidad, donde por vapor caminan las creencias y por electricidad nos vemos ascendidos (ó se ven), hemos adelantado hasta el punto de modificar las ideas como un invento, cambiar las costumbres por *superfluas* y *pegar tornillos* á mansalva....

Y sin embargo, todo esto, que es para vosotros necesario, es *superfluo* para mí.... Voy á demostrarlo.... Pero demos una vuelta por la capital.

Allí hay una *tienda*: es una suntuosa joyería. Los brillantes amontonados sobre sus escaparates gigantes no bastan á saciar vuestra vanidad, y sin embargo, ¡cuántas familias no se consideran felices con la centésima parte de uno solo!....

Un *coche*: el personaje elevado que lo guía tiene ocho, diez carruajes más, que reducidos á metálico, sin despojarle del que le es *necesario* por su rango, producirían la paz de cien familias.

Un *palacio*: ¡reducido á magníficas casas cuantos hay y protegido el resto la miseria!....

Un *ministerio*, ó lo que es lo mismo, un cementerio del trabajo! No confundais lo *superfluo* con lo *necesario*, y tal vez legueis diez genios á las letras, cien almas á las artes, mil brazos á la industria y á la nación, una de las mil necesidades que os reclama.

Un *cuartel*: ¡ahí descansan no pocos millones y muchos miles de hombres! ¡Dejad los primeros si es preciso, pero recuperados por medio de los segundos, á quienes debéis dar un oficio que, ejercido con tacto en épocas tranquilas, los enseñe, los enriquezca, los distraiga y los haga útiles á sí mismos y á la patria.... más de lo que son!

Un *Congreso de los diputados*: aquí se *formulan* las leyes y se encierra la ambición. Mientras aquellas no se cumplan y esta no se estinga, esa institución gigante, digna de un pueblo más gigante aun, es *superflua* también.

Un *rico*, placas, trajes, joyas, bordados, coches y palacios por emblema. ¿Y por dentro? No tiene corazón, no tiene conciencia, no tiene virtud. Lo que lo *superfluo* es á él, es él á la sociedad.

Un *cementerio*. Y por Dios que me pasma el que lo *superfluo* haya entrado también aquí. Aquí, donde las aspiraciones se concluyen, donde acaban los placeres, donde las gerarquías se nivelan y las luchas terminan para siempre, no terminan la *pompa* y el *orgullo*, que son las dos cosas más *superfluas* de la vida.

Junto á ese sepulcro de mármol con gigantes cipreses por custodia y brillantes escudos por emblema, se alza una cruz negra y solitaria sin sauces que la cobijen ni flores que la adornen. Bajo el primero reposa un aristócrata. Bajo la segunda un *pobre sabio*.

Pero no os apesadumbreis, porque si lo *superfluo* los separa ante el mundo, lo necesario los separa ante Dios. La humanidad no piensa en esto, y hace bien.

Las *fórmulas sociales* valen para ella mucho más que los arcanos de la religión.

No es, pues, extraño que el dolor se traduzca en apariencias, la fé en alardes, el amor en promesas, la amistad en fórmulas y la grandeza de un pueblo en lo *superfluo*.

Y sin embargo, lo que el mundo considera *superfluo* muchas veces suele matar su independencia y cerrar su porvenir.

Felices aquellos pueblos que *con ello* saben conquistar su dignidad.

Pero cuando no se combate la ceguera del excéptico, ni la astucia del hipócrita, ni la crueldad del calumniador, —á quien más se tiene por *bromista* ó *calabocera* que por ladrón de honras y virtudes, — cuando se fomentan la falsedad y el agio, la desvergüenza y el cinismo, la apostasia y el desenfreno, lo *superfluo* no es otra cosa que la manifestación latente del decaimiento moral, social y religioso.

Prescindamos de ello: hagamos felices con el resto á los seres que nos piden, y esos mismos, relegados hoy al hambre y al olvido, serán mañana el escabel de nuestra regeneración.

¡De otro modo será inevitable nuestro mal!

¡Pero qué digo!

Bien se está el mundo como está, que ni yo he de reformarle á mi capricho, ni meterme á redentor para ser crucificado.

Lo que importa es reír, gozar, divertirse, y sobre todo olvidarse del dolor.

Vamos al café con el dinero preciso, y una madre desamparada nos sale al encuentro con sus hijos pidiendo una limosna.... ¡adelante! ¡qué importa el dolor de una mujer, ni el hambre que no sentimos, ni la desnudez que no tenemos, si *fulanita* nos espera, y una taza de *esquisito moka* ó de café endiabado han de hacernos gozar de sus miradas, que no es poco, endulzar nuestro paladar por un momento, que es bastante, y sobre todo darnos fama de *espléndidos* y *dignos*, cosa que no habia de proporcionarnos el ejercicio oculto de una buena acción?

Vamos al teatro de prisa, muy de prisa, y un anciano cae muerto á nuestro lado....

¡Oh! ¡adelante! ¡qué dirán los amigos, qué dirá la orquesta, qué dirá la Europa, qué dirá uno mismo si por socorrer á un infeliz no ve levantarse el telón ni bajar la araña, ni salir ante el público la dama?...

Oímos decir á un amigo desgraciado que sería feliz con veinte duros que sus hijos poseen, que su dignidad vacila y que la muerte es su esperanza. ¡Oh! ¡dejadlo, dejadlo que sucumba, que muera, que concluya, porque la amistad de un pobre no merece el sacrificio de quedarnos sin el dinero que tenemos para guantes ó para ir una noche de jarana.

¡Oh! ¡siempre, siempre lo *superfluo* mata lo *necesario*!

Pero basta.

Ahora bien: si habeis comprendido este artículo escrito á la ligera, pensad, meditad, mirad el fondo de vuestra conciencia, y si me dais todo lo que considerais como *superfluo*, yo prometo en cambio regalaros una nación modelo, un gran Gobierno y un pueblo ejemplar.

COLORÍN COLORADO.

## LAS TIENDAS.

TINTE QUÍMICO Y QUITA MANCHAS

DE LA VIUDA DE NEGRINI.

(Conclusion.)

—¡Buenos días tenga V.  
—Para servir á V.  
—Para servir á Dios.... ¿Aquí tienen?  
—Sí, señora. es tinte químico.  
—¿Químico? *Mia tú, Bras*, no es eso lo que nos dijo la *señora Bonifacia*.

—¡Traen VV. algún encargo?

—Sí, señora, *seamos* de Mostoles, y la *señora Bonifacia* nos dijo que *trujiésemos* á *tiñirle* un vestido y una capa; pero se conoce que no es aquí.... V. *desemule*.

—Sí, sí, señora, aquí es.... ¿No lo ha visto V. en la muestra? Tinte químico y quita manchas....

—¿Manchas?... Pues cabalmente por *mor* de las manchas quiere *tiñir* el vestido, porque todo lo tiene lleno de lamparones.... Es la sacristana, y ahora se le casa la hija, y, lo que ella dice, tiene que ponerse cuatro trapos que tenga, porque si no, en el *pueblo* todas son *hablancas*....

—¿Y de qué es el vestido?...

—A ver, *Bras*, sácalo de las *arfoljas*.... Es muy bonito.... de *alipin* de la reina.... se lo dió el ama del cura ahora hará cuatro años por Pascua; pero, ya ve V., es verde.... que le gusta mucho al ama del señor cura, pero á la *señora Bonifacia* se le reviste el demonio en el cuerpo en viendo algo verde.... Y lo quiere *tiñir* de negro, porque como ya no es ninguna moza; que tiene más de diez años más que yo, y tengo cincuenta ya, le gusta ir vestida de negro.... ¡Ah! me dijo que lo tiña V. bien, todo por igual, de negro, y que le quite V. las manchas, que eso sí, el ama del cura yo no sé lo que hizo con él....

Verdad es que ella, aparte de otras cosas, es más puerca.... No hay más que ver cómo lleva el manto el pobre señor cura.... ¡Jesús! yo no puedo ver porquería.... Mira, *Bras*, aquí tiene V., este es mi esposo, y roto irá, pero lo que es puerco.... Ven acá, mira cómo te has puesto la chaqueta.... ¿A dónde te habrás arrimado tú?...

—¡Vaya! mujer, ¿qué sé yo?... Con tu limpieza no me dejas en paz....

—Anda, *desastro*, que cuidarte á tí es lo mismo que lavar la cara al borrico.... ¿Conque ha visto V. el vestido?

—Sí, señora, va á costar más teñirlo que lo que él vale.

—Ya se lo he dicho á la *señora Bonifacia*; pero si ella cree que tiene ahí una alhaja.... Como le ha dicho el ama del señor cura que ese vestido lo gastó la Reina María Luisa, y se lo regaló á su abuela, que era.... ¿cómo dice?... *galafata*.... *garrapata*.... ¿qué sé yo?...

—Azafata sería.

—Eso, *afazata*.... Pues está la *señora Bonifacia* poco hueca con el traje.... como que tiene pensado venir á Madrid á pedir á la Reina una pensión solo por eso.... Yo la tengo ya bastante *pedricado*; pero ella tiene la cabeza tan dura como la de mi marido.... Conque V. lo tiñe, y luego que se ahorque con él.... Pues otra cosa traigo aquí.... esta capa.... ¡Hombre, sácala! ¡Jesús! ¡qué calma tienes!...

—Una capa parda?...

—Sí, señora, del sacristan, el *marío* de la *señora Bonifacia*.... El pobre no tiene hace años otro pio que una capa negra ó *azur*, y se ha puesto á *ajuntar* dineros para ella no sé cuántas veces, y siempre, en cuanto lo tiene junto, tiene que gastarlo en otra cosa y se queda sin la capa.... Ahora ya tenía junicos doce duros, y vea V. por dónde se le casa la hija con el *arbellar* y se los tiene que dar para que no vaya desnuda.... Conque ya que no puede comprarse otra capa, quiere *tiñirse* esta.

—Mala obra es.

—El lo que quiere es llevarla de otro color, en fin, que parezca y no sea....

—Bien; se teñirá también.

—¿Y cuánto me va V. á llevar?....

—Por las dos cosas diez duros.

—¡Jesús! ¡Diez duros!.... *Bras*, guarda eso otra vez.... Pues si me dieron cuatro pesetas.... aquí las tengo en vueltas en un papel.

—Sí, más vale que se lleve V. las dos prendas....

—¿Pues qué va á decir la *señora Bonifacia* con aquel genio tan *despota* que tiene?...

—¡Tómal! qué te apuesto á que la boda de la chica se la lleva el demonio.... Sin vestido negro la *señora Bonifacia*, y sin capa nueva el sacristan, no se casa la chica, te lo digo yo.... Y puede que le venga bien, porque el *arbellar*.... un viudo con tres hijos y borracho.... ya ve V....

—¡Vaya! pues vámonos, no se vaya á *dir* el tío Tripa con las bestias y nos deje aquí.

—V. *desemule*.

—V. *desemule*.

—V. *desemule*.

—V. *desemule*.

—V. *desemule*.

—V. *desemule*.

—Buenas tardes, doña María.  
 —Tengalas V. muy buenas, señora.... Y aquel caba-  
 lero, ¿cómo sigue?  
 —No sé, bueno debe estar.  
 —¿No está en Madrid?  
 —No, señora, lo colocaron en Manila y allá se fué....  
 A él le gusta mucho aquello, como ha estado ya tan-  
 tas veces... pero yo estoy mejor en Madrid... ¡Ay,  
 Madrid de mi alma!... Si yo me viera tan lejos, creo  
 que me moría...  
 —¿Y no tenían VV. niños?  
 —Una niña, pero se murió... En veinticuatro horas  
 se la llevó Dios....—Conque vengo á ver si me tiñe V.  
 este vestido.  
 —Este es el de siempre?  
 —Sí, señora, ¿qué quiere V? la que tiene poco ha de  
 ingeniar... En el día, si la ven á una con el mismo  
 vestido siempre, la miran así como con lástima...  
 —Pues este lo hemos teñido aquí ya tres veces.  
 —Sí, señora, era blanco, y lo tiñó V. de color lila,  
 luego marrón, luego azul...  
 —Y ahora ¿cómo lo quiere?  
 —Verde, porque le voy á poner en la falda unas patas  
 de terciopelo negras, y estará muy bonito.  
 —Ya lo creo, parecerá otro.  
 —Eso es lo que yo quiero.  
 —No crea V., que lo mismo hacen muchas seño-  
 ras... Mire V., esta falda de gasé es de la señora de un  
 brigadier, que la hemos teñido ya cuatro veces... A  
 las de Pipicque, que tienen en Madrid fama de elegan-  
 tes, también las teñimos aquí.  
 —Mire V. que lo necesito muy prontito, porque la  
 semana que viene empiezan ya las reuniones en casa de  
 la de Gomez, ya la conocerá V. también...  
 —Sí, ¿no es una señora viuda que tiene tres hijas?...  
 —La misma.  
 —Vive en la calle de la Escalinata...  
 —Esa, esa.  
 —La conozco mucho; el otro día vino á que le quitá-  
 semos unas manchas, de vino debían ser, en una som-  
 brilla...  
 —¡Jesús! ¡de vino!... Se lo tengo que decir.  
 —No por Dios, va á conocer que aquí lo hemos  
 dicho...  
 —No, no, señora, no la mentaré á V. para nada...  
 Yo averiguaré... Verá V. cómo saco de mentira verdad.  
 —Ella me dijo que habían estado de campo...  
 —Fácil es, porque como á su casa van tantos jóve-  
 nes, suelen de cuando en cuando ir de campo; pero ex-  
 traño mucho que no me hayan dicho nada, porque otras  
 veces han contado conmigo... Pero deje V. que con  
 ellas no me daré por entendida; lo que haré será pre-  
 guntar á Rafaelito, el novio de la mayor de las niñas,  
 que es un infeliz, y me lo dirá todo.  
 —¿Se van á casar aquellas señoritas?... Son muy  
 lindas.  
 —Novio tienen las tres siempre, pero lo que es casar-  
 se... eso quisiera su madre, que se casaran, y por eso  
 tiene reuniones, á ver si alguno se enamora de ver-  
 ras... No crea V. que ya son tan niñas, que la mayor  
 tiene algun año menos que yo, que tengo treinta y uno.  
 —(Bobos.)  
 —Las pobres tienen entre otras una falta garrafal, la  
 de no tener dinero, y esa no es buena recomendación  
 para casarse....—Conque ¿cuándo me tendrá V. el ves-  
 tido?  
 —La semana que viene, el jueves ó viernes.  
 —No, no, el lunes vengo por él, para tener tiempo de  
 arreglarlo para el jueves por la noche.  
 —Haremos un esfuerzo, pero poco tiempo es.  
 —Que lo deje V. bien, y no me lo quemé por Dios.  
 —Descuide V., que aquí no es como en otras partes.  
 —Para servir á V. A ver si me da V. el pañuelo que  
 traje á teñir de negro.  
 —¿Tiene V. la papeleta?  
 —Sí, señora.... Tómela V.  
 —¡Ay! señora, ya no le puedo dar á V. el pañuelo...  
 —¿Cómo?  
 —No ha visto V. la papeleta, que dice que las pre-  
 ndas que no se recogen en un año se pierden?...  
 —¿Pues dónde las ponen VV. que se pierden así?...  
 —Señora, es la costumbre.—Esta papeleta tiene la  
 fecha de 1.º de Enero de 1864, y estamos en Julio de 1865.  
 —Pero, señor, si no lo he podido recoger... Mire V., á  
 los dos días de traerle á V. el pañuelo á teñir, traslada-  
 ron á mi esposo al gobierno civil de Alicante.... con el  
 disgusto y el trastorno, ni me acordé de tal pañuelo...  
 luego nos trasladaron á Murcia, luego á Barcelona, lue-  
 go á Gerona, luego á Zaragoza, luego á Huesca, des-  
 pués á Sevilla, luego á Zamora, luego á San Sebastian,  
 después á Avila, y después á otras cuatro ó cinco partes,  
 y ahora nos hemos trasladado á Madrid porque han de-  
 jado cesante á mi esposo... Conque hágame V. el favor  
 de decirme si me habrá acordado yo del pañuelo ni teni-  
 do gusto para ponermele.  
 —Pues señora, si V. hubiese avisado...  
 —Es una picardía... Lo que VV. querrán será que  
 se deje pasar el año sin recoger las prendas...  
 —No, señora, con eso no ganamos nada, porque las  
 ropas que aquí traen ya valen poco.  
 —No dirá V. eso por el pañuelo mio, que me costó  
 treinta duros...  
 —Yo no me acuerdo de él... Puede V. venir cuando  
 esté mi esposo, y si aun está ahí, puede que se lo en-  
 tregue á V...  
 —¿Pues no dice en la muestra que es V. viuda de Ne-  
 grini?  
 —Sí, señora, viuda de Negrini, pero casada despues...  
 —Eso es otra cosa. Mejor me las arreglaré yo con su  
 esposo de V.... Las mujeres no somos para estas cosas.  
 —Páselo V. bien... Diga V., ¿el ministerio de la Gober-  
 nación está aun en la Puerta del Sol?...  
 —Sí, señora.  
 —Como aquí en Madrid todo lo cambian tantas ve-  
 ces, por eso es mi pregunta... Voy á ver ahora mismo  
 al ministro, á ver si hay conciencia para dejar cesante á

un hombre como mi esposo, que tiene tantos años de servicios y una cabeza que no hay otra. Luego volveré, á la noche; vendré con mi esposo, para que no vea su marido de V. una mujer sola.

ADMINISTRACION PÚBLICA.

Hablemos un poco en serio.  
 La prensa denuncia, con demasiada frecuencia por desgracia, faltas, prevaricaciones y excesos de todas clases cometidos por funcionarios públicos; ayer se ha fugado un cajero con los caudales, hoy se ha reconocido y pagado una deuda que no existía; y cada vez que esto se lee ó se sabe, porque es mucho más lo que se cuenta que lo que se imprime, el rubor nos cubre el rostro, porque somos españoles y estimamos el buen nombre de nuestra patria.  
 Al considerar tanta miseria, no podemos menos de extrañar que entre tanto diputado y ministro que se han sucedido desde treinta años á esta parte, no haya habido uno siquiera que, olvidando por un momento la política, quisiera, ó intentara al menos, fijar su consideración en moralizar la administración pública, primera base de todo buen Gobierno.  
 Ni aun despues de aquellos ciento treinta mil cargos de piedra y demás negocios de que entonces se habló con grave escándalo, no se ha considerado oportuno evitar que siga todavía el desórden y el caos en lo que se llaman oficinas públicas.  
 Todos los Gobiernos que se precian de buenos, reconocen como necesidad imperiosa el poner órden en la administración económica del país.  
 Esta necesidad está en el deseo de todos los hombres de bien, la moral pública la reclama, y, más aun, el decoro de la nación lo exige.  
 Es evidente que no puede haber buena administración donde no se sigue un sistema constante, claro y sencillo de contabilidad.  
 Es más evidente todavía que no puede haber claridad donde la contabilidad se halla encomendada á un personal amovible y tal vez poco apto.  
 Cada ministro suele introducir en su departamento las variaciones que le parecen más acertadas.  
 Cada director de un ramo cualquiera dicta las modificaciones que le sugiere su modo de ver.  
 Unos y otros varían el personal, que dura generalmente tanto cuanto dura en el poder el que lo nombró.  
 Unos y otros lo hacen, al parecer, con el deseo de introducir órden y economías.  
 ¿Se concibe que un comerciante, fabricante, hacendado, ó cualquiera que desee darse cuenta clara de sus ingresos, gastos y productos, pueda conseguirlo, si á imitación de nuestros Gobiernos cambia á menudo el sistema y el personal de su casa?  
 Claro es que, variando el sistema, no podrá conseguir nunca esa claridad y esa exactitud que son necesarias.  
 Claro es también que, variando de personal, no podrá llegar á tener nunca un dependiente que comprenda debidamente los negocios de la casa y que sepa conducir la administración de la misma con debido acierto.  
 Tampoco es posible que llegue á conseguir en sus cuentas la exactitud matemática que reclama la honra mercantil y previene el código de comercio.  
 ¿Por qué, pues, esta gran nación no establece un sistema claro y sencillo para poder darse cuenta á todas horas de la situación financiera en que se encuentra?  
 La casa de Rotschild, cuyo movimiento es comparable al de una nación, y sus operaciones financieras más variadas todavía, ¿cómo podría marchar si día por día no se diese cuenta de su situación de una manera exacta?  
 ¿Qué tiene que ver la parte económico-administrativa con la política?  
 ¿Qué tiene que ver la cuenta general de ingresos y gastos de la nación con la política exterior ó interior?  
 Más claro: ¿la política exige acaso el desórden y la confusión en la contabilidad de los fondos públicos y prohíbe el órden y la regularidad?  
 ¿No sería mucho más grato á un ministro, el día que dejase de serlo, poder cerrar la cuenta correspondiente á su departamento y decir á la nación: «Cuando entré habia tanto; más, ha ingresado cuanto; se ha gastado tanto y dejo tanto más,» que no, como ahora sucede, que viene el Tribunal mayor de cuentas á examinar en 1865 el ejercicio de 1851?  
 ¿A dónde iríamos á parar si á un administrador particular no pudieran comprobarse las cuentas hasta catorce ó quince años, despues de haberlas producido ó cesado en su administración?  
 No prosigamos en nuestras consideraciones, pues no pretendemos más que apuntar nuestra idea para llamar hácia ella la atención de los hombres públicos, á fin de que procuren poner término á ese caos que se manifiesta en todos los ramos de contabilidad nacional.  
 ¿Ley de incompatibilidades! No basta. Si fuera de imposibilidad absoluta, serviría.  
 Podría no servir á la política, pero serviría grandemente al decoro de la nación y al de sus gobernantes.  
 Ley de empleados, inmutable, perpétua; he ahí lo que serviría, he ahí lo que al fin habrá de ser, si se quiere cortar el cáncer de la empleo-manía y evitar que la fortuna pública se arroje por la ventana.  
 Antes de ello, debiera estudiarse un sistema de contabilidad, apropiado á las exigencias de cada ramo de la administración, basado principalmente en la sencillez y la claridad, de tal modo, que á la hora que se quisiera pudiese saberse la situación verdadera de cada dependencia.  
 Una vez establecido y estudiado este sistema, debería calcularse el número necesario de empleados y la clase de conocimientos que habian de poseer, no tan solo para llevar la marcha regular de la contabilidad, si que también para los diferentes negociados á que se destinasen.

Estos destinos deberían darse por oposicion, y exigirse, además de la aptitud, las debidas condiciones de honradez y moralidad.  
 Las fianzas en metálico deberían desaparecer. El hombre honrado no necesita daria; el que no lo es, lo burla, como nos lo demuestra la práctica.  
 Podría fijarse despues el modo de ingresar en la carrera de empleado público.  
 El Gobierno ni nadie debería poder separar á ningun empleado. El que faltase sería juzgado, previa formación de causa, y si resultase delincuente sería castigado é inhabilitado perpétuamente.  
 Los empleados públicos no deberían ser electores ni elegibles, y si tan solo servidores de la nación.  
 Los suellos deberían ser proporcionados á la edad, conocimientos y posición social que cada empleado debiera representar, pero considerando siempre que cada cual en su esfera y clase tuviera lo suficiente para mantenerse con decencia y hacer alguna economía para el porvenir.  
 De este modo se conseguiría: que el empleado contaría con su destino y ascenso, cumpliendo con su deber; que no tendría necesidad de faltar á su decoro por escasez ó por temor á la cesantía; que las jubilaciones, cesantías y pensiones desaparecerían por completo, pues ya no tendrían aplicación.  
 Un dependiente de comercio ó empleado ó cualquier empresa particular, no tiene cesantía el día que no puede seguir prestando sus servicios, y si muere sin ahorros, su familia no obtiene pensión; más aun, el comerciante, el industrial, el jefe de cualquier establecimiento ó empresa, si muere sin fortuna, su familia no tiene derecho á pensión, sin embargo de que aquel ha estado sirviendo á la nación, contribuyendo pecuniariamente á sostener las cargas públicas y manteniendo á sus empleados.  
 Deberían ser solo amovibles los empleados políticos, y aun de estos, únicamente aquellos cuya posición oficial exija que se hallen identificados con la política del Gobierno, para que este no encontrase obstáculo ninguno á su completo desarrollo.  
 Basta lo apuntado para demostrar que esta idea, llevada á cabo, merecería el beneplácito general, y en particular de todos los contribuyentes, clase proscrita y desatendida, que solo se cuenta con ella para sobrecargarla de impuestos progresivos que la abrumen. Clase desheredada, á la que nuestros desatentos, torpes Gobiernos, exigen la contribucion desde el primer día en que da comienzo á su industria, comercio ó lo que sea, es decir, ántes que pueda ganar, ántes que sepa si ganará algo.  
 ¡Hombres políticos, tal vez estos apuntes os hagan soltar una solemne carcajada!  
 Pero nosotros os decimos, que os cuideis menos de vosotros y más de la nación, para la que sois una plaga demasiado cara.

**ODA.**

**A MI AMIGO ARISTIO FUSCO.**

ARGUMENTO.

*Pondérase la paz del varon justo; pero no le escusa de llevar algo con que dar.*

Integer vite scelerisque purus non  
 eget Mauris jaculis neque arcu, nec venenatis  
 gravidae sagittis, Fusco pharetra.  
 (HORACIO.)

No ha menester acero toledano, Fusco, el varon honesto y virtuoso; baja para él del cielo soberano dulce reposo.  
 Esto no obstante, bondadoso Fusco, no dejes nunca de la mano el sable por si te dan algun ataque brusco, que es lo probable.  
 No la desierta Mancha solamente tierra es de susto, campo de pavura; villa verás de numerosa gente más insegura.  
 Digalo yo, que á Lalage, mi prenda, casta deidad que inspira mis amores, antes de ayer, llevando por ofrenda versos y flores,  
 yendo á través de extensa encrucijada (Puerta del Sol que llaman vulgarmente) sita en Madrid, no poco transitada, linda y decente,  
 pata probé de alemanesco jaco, fusta de astúr indómito y ladino, garra sutil de madrileño caco, diente canino.  
 Lances tan fieros nunca los Nerones vieron del Circo en la caliente liza, nunca los vió Neméa, de leones seca nodriza.  
 Llévame allí do rugen los ingentes osos y en honda helada se pasean; ponme si no do silban las serpientes y aun cacarean;  
 no temlaré que el lunes por la siesta miétras amor soñé bajo la encina, ya huyó de mi gran lobo en la repuesta selva Sabina.  
 Pero si acaso, suerte violenta, déjasme aquí en peligro tan notorio de achicharrarme vivo á buena cuenta de purgatorio,  
 yo, que á las dulces musas me consagro, juro llevar, á fé de mal poeta, prendas de amor.... jamás ó por milagro, siempre escopeta.

Madrid 31 de Mayo de 1865.

J. M. L.

CASCABELES.

Los Tiempos ha preguntado muchas veces con bien trasparente intencion:

«¿Seremos portugueses, franceses ó irlandeses?»

Tranquílicese el colega, que aquí no seremos nunca más que españoles, y es un agravio suponer que podríamos ser otra cosa.

Pues señor, los ministeriales dicen *preparémonos*; los progresistas dicen *estamos preparados*; los moderados, que nunca han de ser modestos, añaden *preparémonos los leales*; los neo-católicos se preparan también, y todo el mundo está preparado.

Pero, señor, ¿a qué vienen tantos preparativos? ¿Nos vamos a comer unos á otros?... El CASCABEL está también preparado... á poner de manifiesto las faltas y las sobras de todos los que toman parte en esta danza.

La Época se lamenta del lenguaje de algunos periódicos festivos y políticos.

La *Épo* a no dirá eso por EL CASCABEL, que como todo el mundo sabe, no se extralimita jamás, y ha dicho repetidas veces que la misión de la prensa no puede ser la burla y el insulto, sino la de instruir, moralizar y decir la verdad digna y enérgicamente, sin ambages, ni rodeos, ni reticencias.

Al cesar de comer del presupuesto reventó de un asiento don Ernesto.  
Ser empleado para ser cesante,  
expone á una desgracia semejante.

Días hace que se nos dijo lo que hoy vamos á comunicar á nuestros lectores, pero no lo habíamos creído, porque parece en efecto increíble.

El CASCABEL, periódico en el que todos reconocen moralidad y sana doctrina política y social, ha merecido el anatema más terrible de un señor cura de Portugalete, que, según nos dice nuestro corresponsal, ha asegurado que EL CASCABEL es un periódico prohibido, escitando á los fieles á que no se suscriban ni lo compren.

El señor cura de Portugalete no sabe lo que se dice, si es cierto que ha dicho ese desatino, y debe saber que precisamente por su decoroso lenguaje, por su verdadera moralidad tiene EL CASCABEL más de cuarenta mil lectores.

Cúidese el señor cura de Portugalete de los deberes de su ministerio y no diga falsedades, que una falsedad es la de decir que EL CASCABEL está prohibido.

Precisamente entre nuestros suscritores contamos un gran número de respetables sacerdotes, que se asombrarán seguramente de lo que dice el señor cura de Portugalete.

Celebraríamos haber sido mal informados; pero si es cierto lo que se nos dice, escitamos al señor cura de Portugalete á que nos señale los artículos de EL CASCABEL que contengan algo que no esté conforme con la moralidad más severa y con la santa religión cristiana.

Solucion de la charadita del número anterior.

A *amar*te voy destinado  
en tu charada me dices,  
y que *domar* no has podido  
la pasión que me describes.  
Que late por mí tu pecho,  
¡oh! ¡cuál por mí te de vives!  
que juras amor por *Marte*,  
que á mi *dote* no diriges.  
Te deseo, que á mi *lado*  
para momentos felices,  
y que en *ala-s* de tu anhelo  
la *mar* cruzaste y viniste.

Está visto, está probado,  
te lo dice sin rebozo  
que estás por mí... ¡pobre mozo!  
demasiado *A-mar-te-lado*.

La *vecina* de la Señora de siempre.

El señor Nocedal merece un cascabel, y se lo tenemos que colgar.

El señor Nocedal debe lo que es á la prensa, y reniega de ella.

El señor Nocedal se vale de la prensa nea para darse bombo y publicar sus discursos, y llama á la prensa *calumniadora*.

El señor Nocedal hace bien en tratar de esa manera á la prensa; no tiene él la culpa, nó, quien la tiene es la prensa que ha encumbrado al señor Nocedal.

Por lo demás, lo que dijo de la prensa el señor Nocedal no debe ofender á nadie. El señor Nocedal, cuando habla de la prensa, no sabe lo que se dice, y hay que perdonarle.

Páselo V. bien, señor Nocedal.

Por divertirse hacia doña Gloria  
que tirase su esposo de una noria.  
No tiene buena vida  
el que tiene mujer muy divertida.

La ingratitud es un vicio muy comun en todas las clases sociales; pero los que más arraigado tienen esa feísima repugnante cualidad, son los hombres políticos.

Téngalo en cuenta la prensa para no contribuir con su generosidad á hacer ingratos.

La Academia española no ha otorgado el premio ni el accesit á ninguna de las novelas presentadas en el último certámen, pero ha resuelto hacer mención honorífica de dos obras que se titulan *Alfonso* la una, y *Riquezas del alma* la otra, premiando á cada autor con 5000 reales.

El autor de la primera es don Fernando Fulgoso. La autora de la segunda es la distinguida escritora doña Angela Grasi, cuyo merecido triunfo celebramos sinceramente.—La modestia de esta señora merece ese y mayor premio.

Escitamos al Gobierno á que, buscando datos, que no faltarán, publique los nombres de todos los periódicos que hayan recibido en los últimos diez años subvenciones de los ministerios.

Solucion del geroglífico del número anterior.

La muerte abre la puerta de la fama, y cierra la de la envidia.

Han muerto *La Libertad* y *El Criterio*. Lo que es el criterio hace tiempo que no se encuentra.

Logogrifo.

Soy aquello que más ama  
quien nace buen español,  
me tienen siempre en la boca  
los que comen el turrón,  
pero estos, fuerza es decirlo,  
no me hacen ningun favor;  
encuentras en mí una cosa  
que suele estar en el sol,  
y que nos canta en el suelo  
la tiple ó si no el tenor;  
lo que en los Campos Eliseos  
asusta á doña Asuncion;  
lo que tiene toda caja;  
lo que tiene el aguador;  
el nombre de una mujer  
de muy triste condicion;  
lo que en el altar encuentras;  
el dictado que le doy  
á una señora piadosa  
que tenga buen corazon;  
lo que llevas tú delante  
porque así lo quiso Dios;  
lo que componen dos juntos;  
lo que hace el buen tirador,  
y lo que hace el borriquillo  
que va unido á un carreton;  
un pecado capital  
en que no incurriré yo,  
y otras cosas que me callo  
por no ser molesto.—¡Adios!

¿Por qué no se suprime el sueldo que cobra el Presidente del Congreso? Este honrosísimo cargo honraria muchísimo más á quien lo desempeñara si no tuviera sueldo.

¡Aun siguen los cochecitos pagados por el país!...  
¡Eh! señores, que eso no es lo tratado.

Recordamos que los periódicos que hoy son ministeriales nos hicieron coro cuando, durante el anterior Gobierno ó desgobierno, pedimos la supresion de los coches.  
¿Por qué no piden hoy lo mismo?

Decía *La Correspondencia* el otro día:  
«Ayer han aparecido sentados en los escaños del Congreso más de 180 diputados.»

¡Oh! ¡suceso raro y portentoso! Si suponemos que en lo sucesivo, en el aniversario de ese notabilísimo milagro, dirá el Almanaque:

Día tantos.—San Fulano y San Mengano y la Aparicion de 180 diputados sentados en los escaños del Congreso.

El caso no es para menos.

Charadita.

La primera y cuarta tienes  
constantemente detrás,  
y estando en tu mismo cuerpo  
fuera de tu cuerpo está,  
y nunca con él al hombro  
aunque quieras llegarás;  
segunda y prima llamamos  
á algun infeliz mortal,  
que es por ser segunda y prima  
más feliz que los demás;  
segunda y tercia es un pueblo  
que en Andalucía está;  
segunda y cuarta en Madrid  
á veces te ha de manchar,  
y es cosa en que en estos tiempos  
revueltos muchos están;  
y la cuarta, amigo mio,  
es un signo musical;  
y el todo ningun ministro  
se ha puesto nunca jamás.

Va á publicarse un periódico que se titulará *El Porvenir*.—Suponemos que su color será negro.

Ha dicho un periódico que el señor Posada, á no ser por la sopa de los conventos y la sotana que vistió siendo familiar de un prelado, estaria acaso ahora llenando una cuba en la fuente de la Cibeles.

Y contesta otro periódico que eso no podría ser, porque está prohibido llenar cubas en dicha fuente «para dejar libre y expedito á los *ueos* su pilon.»

—¿Esto es política?

—Sí, padre.

—Pues reniego de ella una, y cien, y mil veces.

Por no poder comprarse una capota,  
se ha vuelto loca la infeliz Carlota.  
Mujer cuyos caprichos muchos son,  
pierde al fin el honor ó la razon.

Un periódico llama *sapos* á ciertos hombres.

—¿Esto es política?

—Sí, padre.

—Pues hijo, vuelvo á renegar de ella.

—¿Qué se adelanta en pró del país en la cuestion de Hacienda, señor Alonso Martinez?

—¡Nada!

—Pues entonces V. es un ministro como los demás, y EL CASCABEL la va á emprender con V. y á soltarle los *cascabeles* que merezca.

Alguna vez habia de estar EL CASCABEL de acuerdo con el señor Nocedal. Este señor quiere absoluta incompatibilidad entre el cargo de diputado y todo empleo. EL CASCABEL también. El diputado debe ser un hombre dispuesto siempre á sacrificarse en pró del país, y por este honroso empleo no debe recibir sueldo ni emolumento alguno.

Por subirse á la parra Juan Carranque,  
se cayó de cabeza en un estanque.

Si no quieres del mundo ser ludibrio,  
no te metas en juegos de equilibrio

Al fin no se ha suprimido la Direccion de Loterías. Lo que se ha hecho es nombrar nuevo director.

Este no es el camino de las economías, señor ministro de Hacienda. Si ha de hacer V. lo que todos sus antecesores, entonces ya puede irse preparando á sufrir *cascabeles*.

Geroglífico.



ANUNCIOS.

**Desengaños de Don Eramon.**—Impresiones de un forastero en Madrid, por *Jeremías*.—Se vende á 2 rs. en la Administracion de EL CASCABEL, Calle de los Caños, número 4.—Se remite á provincias á las personas que envíen cinco sellos de á cuatro cuartos.

**La cruz de palo.** Novelita moral alemana, traducida al español por E. P. Se vende á 3 rs. en la librería de Vazquez, calle Aneha, número 17.

LA EDIFICADORA.

Sociedad regular colectiva, registrada en el Gobierno civil, previa aprobacion del Tribunal del Comercio de esta corte.—Fianza administrativa, 3.000.000 de rs., según la base 16 de sus estatutos.—Admite imposiciones desde 100 rs., con interés fijo de 9 á 18 por 100.—Paga los intereses mensualmente, ó se acumula al capital, según la conveniencia de los impositores.—Empieza el importe de las imposiciones en construir casas, por subasta, en solares de su propiedad, en Madrid, en las provincias y en el Extranjero, para venderlas á plazos, también por subasta.—Director y Administrador general: D. Angel Hernan, comerciante, capitalista y propietario.—Director facultativo: D. Leopoldo Z. Lopez, arquitecto de la Real Academia de San Fernando, y de la Beneficencia municipal de Madrid.—Oficinas generales: Madrid, Fuencarral, 12, principal.—Representantes en provincias y en el Extranjero.

Por lo contenido en este número,  
F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendes.

MADRID: 1865.—Imprenta de EL CASCABEL,  
Á CARGO DE M. BERNARDINO,  
calle de los Caños, número 4, bajo.